

EDICION ESPECIAL

JULIO VERNE

VIAJES

EXTRAORDINARIOS

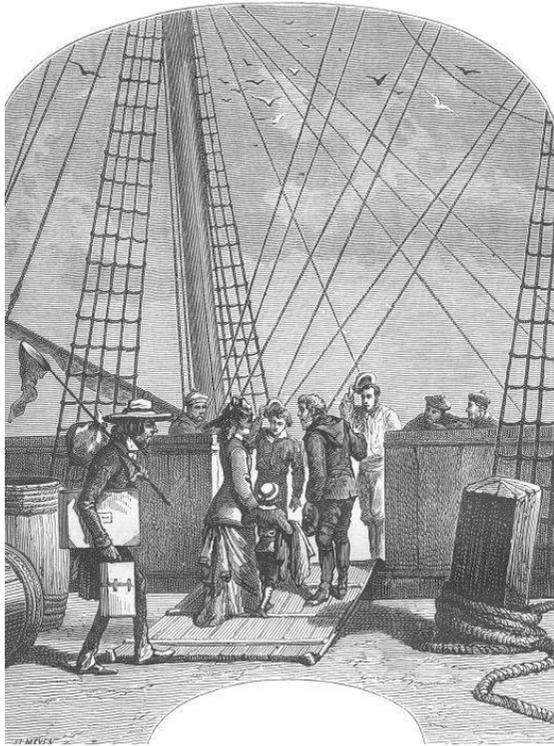


UN CAPITÁN
DE QUINCE AÑOS

La emocionante y trágica pesca de una ballena, deja sin tripulación al «Pilgrim».

Un animoso muchacho de quince años, convertido en capitán, conducirá a los supervivientes hasta un puerto del oeste norteamericano...; pero una mano diabólica desvía al «Pilgrim» de su ruta y va a estrellarse en la costa de África.

Caníbales, feroces animales de la selva y trágicos elementos de la Naturaleza, parecen confabularse para destruir a cuatro animosos blancos, cinco sumisos negros y un perro sin igual.



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EL BERGANTÍN GOLETA *PILGRIM*

EL 2 de febrero de 1873, el bergantín goleta *Pilgrim* se encontraba entre los 43° y 57' de latitud sur y los 165° y 19' de longitud oeste del meridiano de Greenwich.

Esta embarcación, de cuatrocientas toneladas, construida en San Francisco para la pesca mayor en los mares australes, pertenecía a James W. Weldon, rico armador californiano, que, desde hacía varios años, le había confiado el mando del navío al capitán Hull.

El *Pilgrim* era uno de los más pequeños, aunque uno de los mejores barcos de la flotilla que James W. Weldon enviaba, todas las estaciones, unas veces hasta más allá del estrecho de Behring, por los mares boreales, y otras a los parajes de Tasmania o del cabo de Hornos, hasta el océano Antártico. Navegaba muy bien. Su aparejo, muy manejable, le permitía aventurarse con pocos hambres por entre los impenetrables bloques de hielo del hemisferio austral. El capitán Hull sabía *desenvolverse*, como dicen los marinos, en medio de aquellos hielos que, durante el verano, derivan hacia Nueva Zelanda o hacia el cabo de Buena Esperanza, llegando a una latitud más baja que la que alcanzan en los mares septentrionales del globo. Verdad es que allí no se trataba más que de unos icebergs de pequeñas dimensiones, ya desgastados por los choques y roídos por las aguas termales, y cuyo mayor número va a fundirse en el Pacífico o en el Atlántico.

A las órdenes del capitán Hull, buen marino y también uno de los más hábiles arponeros de la flotilla, se encontraba un equipo compuesto de cinco marineros y un grumete, lo cual era bien poco para la pesca de la ballena, que exige un personal bastante numeroso. Se necesita gente, tanto para las maniobras de las embarcaciones como para el descuartizamiento de los animales capturados; pero, a semejanza de otros armadores, James W. Weldon consideraba mucho más económico no embarcar en San Francisco más que el número necesario de marineros para conducir el barco. En Nueva Zelanda no faltaban arponeros, marinos de todas las nacionalidades y desertores y demás que pretendían contratarse para la estación y desempeñaban hábilmente el oficio de pescadores. Una vez acabado el periodo útil, se les pagaba, desembarcaban y esperaban a que los balleneros del año siguiente fuesen a reclamar sus servicios. Por este método, se daba mejor empleo a los marineros disponibles y se obtenía mayor provecho al prescindir de su cooperación.

Así se había obrado a bordo del *Pilgrim*.

El bergantín goleta acababa de dar por terminada la estación en el límite del círculo polar antártico; pero no iba repleto de barriles de aceite, de barbas de ballena en bruto y de ballenas cortadas. En aquella época, se hacía ya la pesca difícil. Los cetáceos, perseguidos con exceso, escaseaban. La ballena propiamente dicha, que recibe el nombre de *Nordcaper* en el océano boreal y el de *Sulpher-bolton* en los mares del sur, tendía a desaparecer. Los pescadores habían tenido que recurrir de nuevo al *finback* o yubarta, gigantesco mamífero cuyos ataques no se hallan exentos de peligro.

Esto era lo que había hecho el capitán Hull durante aquella campaña; pero, en el siguiente viaje, pensaba elevarse a más alta latitud, y, si era preciso, llegaría hasta cerca de las tierras Claria y Adelia, cuyo descubrimiento, comprobado por el marino Wilkes, corresponde, en definitiva, al

ilustre comandante *del Astrolabio* y de la *Celosa*, al francés Dumont d'Urville.

En resumen: la estación no había sido afortunada para el *Pilgrim*. A comienzos de enero, esto es, hacia la mitad del verano austral, y aunque no había llegado aún la época de regreso para los balleneros, el capitán Hull se había visto obligado a abandonar los lugares de pesca. Su equipo de refuerzo —un puñado de infortunados sujetos— *planteó la cuestión*, como suele decirse, y tuvo que pensar en deshacerse de él.

El *Pilgrim* puso, pues, la proa hacia el noroeste, en dirección a las tierras de Nueva Zelanda, que aparecieron a la vista el 15 de enero. Llegó a Waitemata, puerto de Auckland, situado en el interior del golfo de Khuraki, en la costa este de la isla septentrional, y desembarcó a los pescadores que habían sido contratados para la estación.

La tripulación no estaba satisfecha. Faltaban, por lo menos, doscientos barriles de aceite en el cargamento del *Pilgrim*. Nunca se había obtenido peor pesca. El capitán Hull volvía, pues, con la contrariedad propia de un cazador emérito que por primera vez regresa de vacío, o poco menos. Su amor propio se hallaba muy excitado, y no perdonaba a aquéllos cuya insubordinación había comprometido los resultados de su campaña.

En vano trató de reunir en Auckland un nuevo equipo de pesca. Todos los marineros de que podía disponerse estaban embarcados en otros navíos balleneros. Era preciso, pues, renunciar a la esperanza de completar el cargamento del *Pilgrim*, y el capitán Hull se disponía a abandonar definitivamente Auckland, cuando recibió una petición de pasaje a la que no podía negarse.

La señora Weldon, mujer del armador de *Pilgrim*, su hijo Jack, de cinco años de edad, y uno de sus parientes —su primo Benedicto— se encontraban entonces en Auckland. James W. Weldon, cuyas operaciones comerciales le obligaban algunas veces a visitar Nueva Zelanda, los había con-

ducido allí a los tres, y proyectaba hacerles regresar a San Francisco.

Pero en el momento en que toda la familia se hallaba dispuesta a partir, el pequeño Jack enfermó de gravedad, y su padre, imperiosamente reclamado por sus asuntos, tuvo que abandonar Auckland, dejando allí a su mujer, a su hijo y al primo Benedicto.

Tres meses habían transcurrido, tres prolongados meses de separación que fueron en extremo penosos para la señora Weldon. Entretanto, su hijo se restableció, y ella adoptó las medidas necesarias para poder partir, cuando se le notificó la llegada del *Pilgrim*.

Ahora bien; en aquella época, para volver a San Francisco, la señora Weldon se encontraba en la necesidad de ir a Australia para tomar un vapor de la Compañía transoceánica del *Golden Age*, que hace el recorrido de Melbourne al istmo de Panamá, por Papeete. Luego, una vez en Panamá, tendría que esperar la salida del *steamer* americano que establece una comunicación regular entre el istmo y California. Todo esto daría lugar a retrasos y transbordos siempre desagradables para una mujer y un niño. En aquel momento, el *Pilgrim* hizo escala en Auckland. La señora Weldon no vaciló, y solicitó del capitán Hull que trasladase a ella, a su hijo, al primo Benedicto y a Nan, una vieja negra que estaba a su servicio desde su infancia.

Tres mil leguas marinas había que recorrer en un barco de vela, pero el navío del capitán Hull estaba muy aseado y la estación era muy apacible aún a ambos lados del Ecuador. El capitán Hull aceptó, y al punto puso su propia habitación a disposición de la pasajera. Quería que durante la travesía, que podía durar de cuarenta a cincuenta días, la señora Weldon estuviese instalada lo mejor posible a bordo del ballenero.

Para la señora Weldon suponía, pues, algunas ventajas el hacer la travesía en tales condiciones. La única desventaja consistía en que el viaje se prolongaría necesariamente,

debido a que el *Pilgrim* tenía que descargar en Valparaíso (Chile). Hecho esto, sólo quedaba ya subir por la costa americana con los vientos de tierra que hacen tan agradables aquellos parajes.

Por otra parte, la señora Weldon era una mujer valerosa que no temía al mar. De treinta años de edad, saludable y robusta, acostumbrada a los largos viajes por haber participado con su marido de las fatigas de varias travesías, no tenía miedo a los percances más o menos aleatorios, de un embarco a bordo de un navío de mediano tonelaje. Sabía que el capitán Hull era un excelente marino, en quien James W. Weldon tenía absoluta confianza. El *Pilgrim* era un barco sólido, de buena marcha y bien considerado en la flotilla de los balleneros americanos. Se presentaba la ocasión, y había que aprovecharla. Y la señora Weldon la aprovechó.

No hay para qué decir que el primo Benedicto debía acompañarla.

Este primo era un buen hombre de unos cincuenta años de edad, pero al que a pesar de su cincuentena, no era prudente dejar salir solo. Muy alto, flaco con exceso, con el rostro huesudo y el cráneo enorme y de abundante cabello, en toda su interminable persona se reconocía a uno de esos dignos sabios con gafas de oro, seres inofensivos y buenos, destinados a permanecer durante toda la vida como niños grandes y a terminar muy viejos, como centenarios que muriesen en brazos de una nodriza.

El *primo Benedicto* —así se le llamaba invariablemente, aun por los que no eran de su familia, puesto que se trataba de una de esas personas que parecen ser primos de todo el mundo—, el primo Benedicto, siempre entorpecido por sus largos brazos y sus largas piernas, hubiera sido incapaz de resolver por sí solo cualquier asunto, ni siquiera en las circunstancias más extraordinarias de la vida. Y no era molesto, no; sino que más bien le molestaban los demás y se molestaba a sí mismo. De vida fácil, además; aco-

modándose a todo; olvidándose de beber y de comer si no se le llevaba de comer o de beber; insensible al frío y al calor, menos parecía pertenecer al reino animal que al reino vegetal. Imagínese un árbol muy inútil, sin fruto y casi sin hojas, incapaz de proporcionar abrigo o alimento, pero que poseyese un buen corazón.

Tal era el primo Benedicto. De buena gana hubiera hecho muchos favores a la gente, si, como diría Prudhomme, hubiera podido hacerlos.

Se le quería, incluso, por su misma debilidad. La señora Weldon le consideraba como hijo suyo, como si fuese un hermano mayor del señor Jack.

Conviene añadir que el primo Benedicto no era, sin embargo, un holgazán ni un desocupado. Por el contrario, era muy trabajador. Su única pasión —la historia natural— le absorbía por completo.

Decir *la historia natural*, es mucho decir.

Ya se sabe que las diversas partes de que se compone esta ciencia son la zoología, la botánica, la mineralogía y la geología.

Pero el primo Benedicto no era, ni mucho menos, botánico, mineralogista ni geólogo.

¿Era, pues, un zoólogo en toda la acepción de la palabra; algo así como una especie de Cuvier del Nuevo Mundo, que descomponía al animal por medio de análisis y lo reconstituía por medio de la síntesis; uno de esos conocedores profundos, versados en el estudio de los cuatro tipos a los que la ciencia moderna atribuye la animalidad: vertebrados, moluscos, articulados y radiados? En estas cuatro divisiones, ¿el ingenuo aunque estudioso sabio había observado y escudriñado las diversas clases, órdenes, familias, tribus, géneros, especies y variedades que las distinguen?

No.

¿El primo Benedicto se había dedicado al estudio de los vertebrados, de los mamíferos, de los pájaros, de los reptiles y de los peces?

Tampoco.

¿Eran los moluscos, de los cefalópodos a los briozoarios, los que tenían su preferencia, y, por consiguiente, la malacología no guardaba secreto para él?

Menos aún.

¿Eran, pues, los radiados, equinodermos, acalefos, pólipos, entozoarios, espongiarios e infusorios los animales en cuyo honor había consumido el aceite de su lámpara de trabajo?

Hay que confesar que no eran los radiados.

Y como ya no queda por citar, de la zoología, más que la división de los articulados, no hay para qué decir que a esta división se había concretado la única pasión del primo Benedicto.

Sí; y conviene precisar.

La rama de los articulados comprende seis clases: los insectos, los miriápodos, los arácnidos, los crustáceos, los cirrópodos y los anélidos.

Ahora bien; el primo Benedicto, científicamente hablando, no hubiera sabido distinguir una lombriz de una sanguijuela medicinal, un percebe de cualquier otro marisco, una araña doméstica de un falso escorpión, un langostino de una quisquilla, un iulo de una escolopendra...

Pues entonces, ¿qué era el primo Benedicto?

Un simple entomólogo, y nada más.

A esto, se responderá, sin duda, que, en su acepción etimológica, la entomología es la parte de las ciencias naturales que comprende a todos los articulados. Cierto es; pero se ha establecido la costumbre de dar a esta palabra un sentido más limitado. Se aplica sólo al estudio propiamente dicho de los insectos, esto es, «de todos los animales articulados, cuyo cuerpo está compuesto de anillos, que forman tres segmentos distintos y que poseen tres pares de patas, por lo que han recibido el nombre de hexápodos».

Y como el primo Benedicto se había concretado al estudio de los articulados de esta clase, no era más que un sim-

ple entomólogo.

Pero ¡no hay que confundir...! En esta clase de insectos no se cuentan menos de diez órdenes: los ortópteros^[1], los neurópteros^[2], los himenópteros^[3], los lepidópteros^[4], los hemípteros^[5], los coleópteros^[6], los dípteros^[7], los ripípteros^[8], los parásitos^[9] y los tisanuros^[10]. Y como quiera que en algunos de estos órdenes —en el de los coleópteros, por ejemplo— se han reconocido treinta mil especies, y sesenta mil —en el de los dípteros—, no faltaban los objetos de estudio, y se reconocerá, por tanto, que suponen demasiado trabajo para un hombre solo...

Así, pues, la vida del primo Benedicto se consagraba exclusivamente y por entero a la entomología.

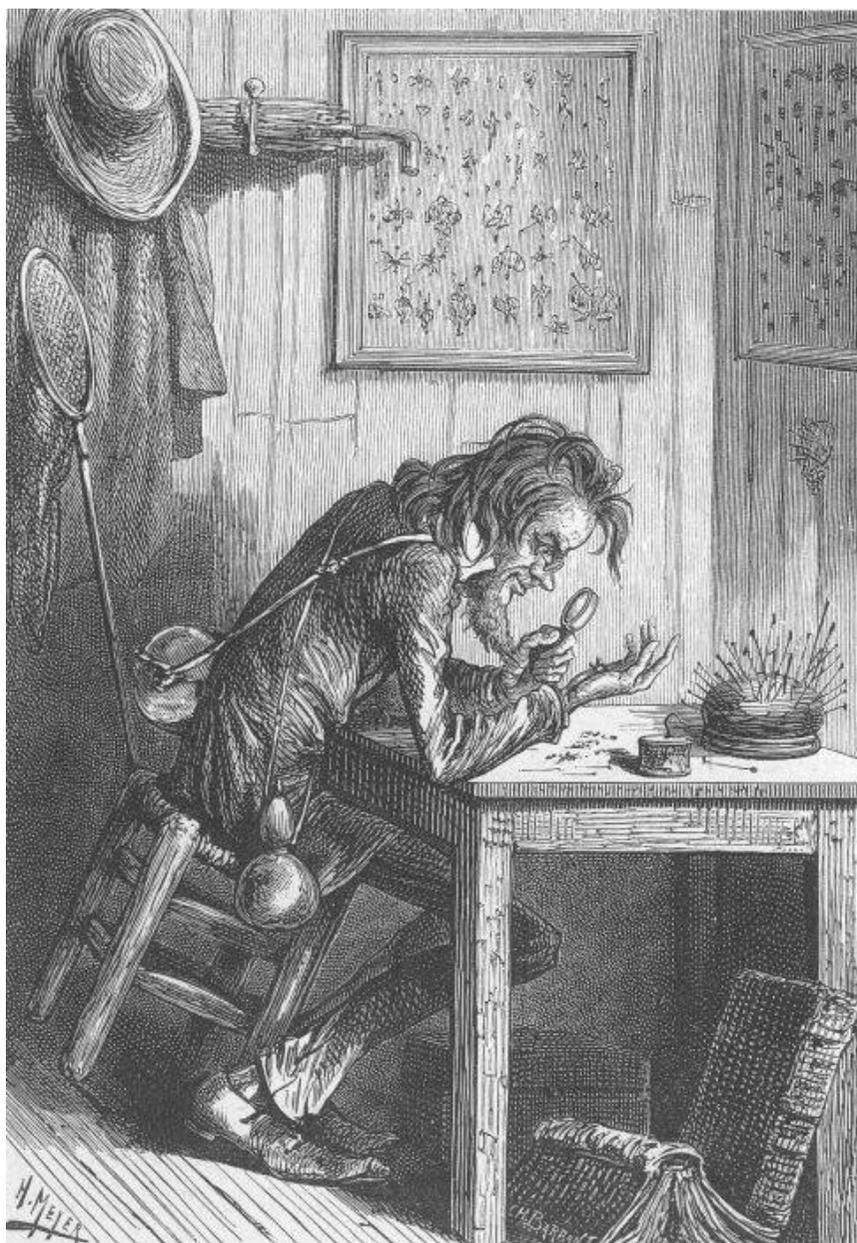
A esta ciencia dedicaba todas las horas; todas sin excepción; incluso las del sueño, puesto que llegaba a soñar con los «hexápodos». Los alfileres que llevaba prendidos en las mangas y en las solapas de la chaqueta, en el forro del sombrero y en las vueltas del chaleco no podían contarse. Cuando el primo Benedicto volvía de un paso científico, su magnífica cofia, sobre todo, no era más que un museo de historia natural, pues aparecía repleta por el interior y por el exterior de insectos ensartados.

Y ahora, todo quedará dicho acerca de este sujeto extravagante, cuando se sepa que, a causa de su pasión entomológica, había acompañado a los señores Weldon hasta Nueva Zelanda. Allí, su colección se había enriquecido con algunos raros ejemplares, y ya se comprenderá que tenía prisa por volver a San Francisco para clasificarlos en los casilleros de su gabinete.

Y puesto que la señora Weldon y su hijo volvían a América en el *Pilgrim* nada era tan natural como que el primo Benedicto les acompañase durante aquella travesía.

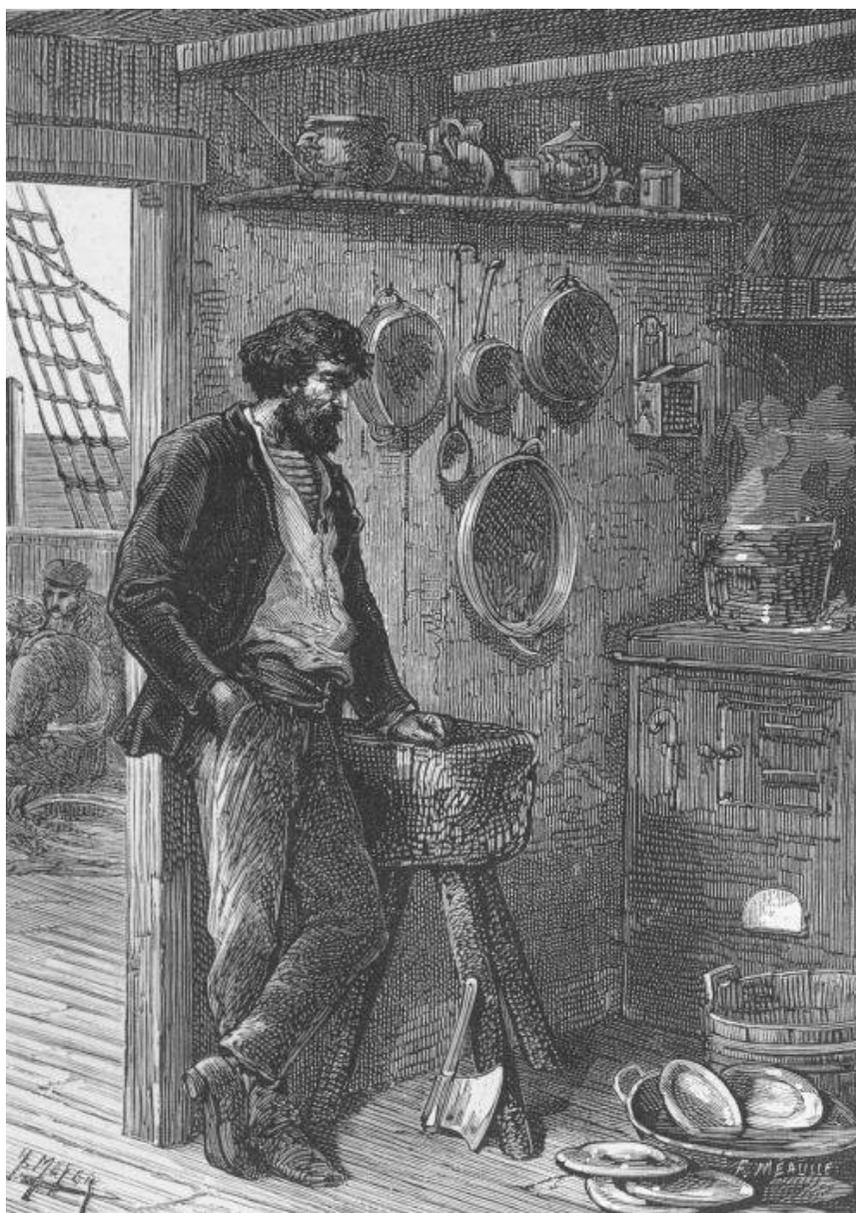
Pero no era con él con quien la señora Weldon debería contar, si alguna vez se encontraba en una situación crítica. Por fortuna, sólo se trataba de un viaje fácil de realizar du-

rante la apacible estación, a bordo de un barco cuyo capitán le merecía toda su confianza.



Durante los tres días que estuvo detenido el *Pilgrim* en Waitemata, la señora Weldon hizo sus preparativos con gran apresuramiento porque no quería retrasar la salida del bergantín goleta. Los domésticos indígenas que le servían en su domicilio de Auckland fueron despedidos, y el 22 de enero se embarcó en el *Pilgrim*, sin más compañía que su hijo Jack, el primo Benedicto y Nan, la anciana negra.

El primo Benedicto llevaba en una caja especial toda su colección de insectos. En aquella colección figuraban, entre otros ejemplares, algunos de los nuevos gorgojos —especie de coleópteros carnívoros, cuyos ojos se hallan situados encima de la cabeza—, insectos que, hasta entonces, parecían ser exclusivos de la Caledonia. Le habían recomendado cierta araña venenosa —el «katipo» de los maorís— cuya picadura es con frecuencia mortal para los indígenas. Pero una araña no pertenece al orden de los insectos, propiamente dichos, sino al de los arácnidos, y, por consiguiente, no tenía ningún valor ante los ojos del primo Benedicto. Así, pues, la había desdeñado, y la joya más apreciable de su colección era un notable gorgojo neozelandés.



No hay por qué decir que el primo Benedicto, mediante el pago de una fuerte suma, se había hecho asegurar su carga, que le parecía mucho más preciosa que todo el car-

gamento de aceite de ballena acumulado en la cala del *Pilgrim*.

En el momento de ponerse a la vela, cuando la señora Weldon y sus compañeros de viaje se encontraron sobre la cubierta del bergantín goleta, el capitán Hull se acercó a su pasajera.

—Tenga entendido, señora Weldon —le dijo—, que si viaja usted a bordo del *Pilgrim* es bajo su exclusiva responsabilidad.

—¿Por qué me hace usted esa observación, señor Hull? —preguntó la señora Weldon.

—Porque no he recibido orden expresa de su marido, y tomar un bergantín goleta no puede ofrecer las mismas garantías, por lo que respecta a la travesía, que tomar un paquebote especialmente destinado al transporte de viajeros.

—Si mi marido estuviese aquí —respondió la señora Weldon—, ¿cree usted, señor Hull, que vacilaría, antes de embarcarse en el *Pilgrim*, en compañía de su mujer y su hijo?

—No, señora Weldon, no vacilaría —dijo el capitán Hull—; desde luego que no; ni yo tampoco vacilaría. El *Pilgrim* es un buen navío, después de todo, aunque sólo haya hecho una desafortunada campaña de pesca, y estoy tan seguro de él como puede estarlo un marino del barco que dirige desde hace varios años. Lo que le digo, señora Weldon, se lo digo para poner a cubierto mi responsabilidad, y para hacerle saber, una vez más, que no encontrará a bordo las comodidades a que está acostumbrada.

—Puesto que sólo se trata de una cuestión de comodidad, señor Hull —respondió la señora Weldon—, sepa usted que eso no me haría desistir. No soy de esas pasajeras impertinentes que se quejan sin cesar de la estrechez de los camarotes o de la insuficiencia de la comida.

La señora Weldon, después de haber contemplado algunos instantes a su pequeño Jack, al que tenía cogido de la mano, dijo: